

la insignia alocución poemática

león felipe

¿habéis hablado ya todos?
¿habéis hablado ya todos los españoles?
ha hablado el gran responsable revolucionario,
y los pequeños responsables;
ha hablado el alto comisario,
y los comisarios subalternos;
han hablado los partidos políticos,
han hablado los gremios,
los comités,
y los sindicatos,
han hablado los obreros y los campesinos;
han hablado los menestrales:
ha hablado el peluquero,
el mozo de café
y el limpiabotas.
Y han hablado los eternos demagogos también.
han hablado todos.
creo que han hablado todos.
¿falta alguno?

¿hay algún español que no haya pronunciado su
palabra?...

¿nadie responde?... (silencio). entonces faltó
yo sólo.

porque el poeta no ha hablado todavía.

¿quién ha dicho que ya no hay poetas en el
mundo?

¿quién ha dicho que ya no hay profetas?

un día, los reyes y los pueblos,
para olvidar su destino fatal y dramático
y para poder suplantar el sacrificio con el
cinismo y con la pirueta,

substituyeron al profeta por el bufón.

pero el profeta no es más que la voz vernácula
de un pueblo,

la voz legítima de su historia,
el grito de la tierra primera que se levanta
en el barullo del mercado, sobre el vocerío
de los traficantes.

nada de orgullos

ni jerarquías divinas ni genealogías
eclesiásticas.

la voz de los profetas - recordadla -
es la que tiene más sabor de barro.

de barro,

del barro que ha hecho al árbol - al naranjo y
al pino -

del barrio que ha formado

nuestro cuerpo también.
yo no soy más que una voz - la tuya, la de
todos -
la más genuina, la más general, la más
aborigen ahora,
la más antigua de esta tierra.
la voz de españa que hoy se articula en mi
garganta, como pudo articularse en outra
cualquiera.
mi voz no es más que la onda de la tierra,
de nuestra tierra,
que me coge a mí hoy como una antena propicia.
escuchad,
escuchad, españoles revolucionarios,
escuchad de rodillas.
no os arrodilléis ante nadie.
os arrodilláis ante vosotros mismos,
ante vuestra misma voz,
ante vuestra misma voz que casi habíais
olvidado.
de rodillas. escuchad.
españoles,
españoles revolucionarios,
españoles de la españa legítima,
que lleva en sus manos el mensaje genuino de
la raza para colocarlo humildemente

en el cuadro armonioso de la historia
universal de mañana,
y junto al es fuerza generoso de todos los
pueblos del mundo...

escuchad:

ahí están -miradlos-

ahí están, los conocéis bien.

andan por toda valencia,
están en la retaguardia de madrid
y en la retaguardia de barcelona también.
están en todas las retaguardias.

son los comités,

los partidillos,

las banderías,

los sindicatos,

los guerrilleros criminales de la retaguardia
ciudadana.

ahí los tenéis.

abrazados a su botín reciente,

guardándole,

defendiéndole,

con una avaricia que no tuvo nunca el más
degradado burgués.

¡a su botín!

¡abrazados a su botín!

porque no tenéis más que botín.

no le llaméis ni incautación siquiera.

el botín se hace derecho legítimo cuando está
sellado por una victoria última y heroica.

se va de lo doméstico a lo histórico,

y de lo histórico a lo épico.

este ha sido siempre el orden que ha llevado
la conducta del español en la historia,

en el ágora

y hasta en sus transacciones,

que por eso se ha dicho siempre que el español
no aprende nunca bien el oficio de mercader.

pero ahora,

en esta revolución,

el orden se ha invertido.

habéis empezado por lo épico,

habéis pasado por lo histórico

y ahora aquí,

en la retaguardia de valencia,

frente a todas las derrotas,

os habéis parado en la domesticidad.

y aquí estáis anclados,

sindicalistas,

comunistas,

anarquistas,

socialistas,

trotskistas,

republicanos de izquierda...

aquí estáis anclados,

custodiando la rapiña,
para que no se la lleve vuestro hermano.
la curva histórica del aristócrata, desde su
origen popular y heroico hasta su última
degeneración actual, cubre en españa más de
tres siglos.

la del burgués, setenta años.
y la vuestra, tres semanas.

¿dónde está el hombre?

¿dónde está el español?

que no he de ir a buscarle al otro lado.
el otro lado es la tierra maldita, la españa
maldita de caín, aunque la haya bendecido el
papa.

si el español está en algún sitio, ha de ser
aquí.

pero, ¿dónde, dónde?...

porque vosotros os habéis parado ya
y no hacéis más que enarbolar todos los días
nuevas banderas con las camisas rotas
y con los trapos sucios de la cocina.
y si entrasen los fascistas en valencia
mañana, os encontrarían a todos haciendo
guardia ante las cajas de caudales.
esto no es derrotismo, como decís vosotros.
yo sé que mi línea no se quiebra,
que no la quiebran los hombres,

y que tengo que llegar hasta dios para darle
cuenta de algo que puso en mis manos
cuando nació la primera substancia española.

esto es lógica inexorable.

vencen y han vencido siempre en la historia
inmediata, el pueblo y el ejército que
han tenido un punto de convergencia, aunque
este punto sea tan endeble y

tan absurdo como una medalla de aluminio
benedicida por un cura sanguinario.

es la insignia de los fascistas.

esta medalla es la insignia de los fascistas.

una medalla ensangrentada de la virgen.

muy poca cosa.

pero, ¿qué tenéis vosotros ahora que os una
más?

pueblo español revolucionario,

¡estás solo!

¡solo!

sin un hombre y sin un símbolo.

sin un emblema místico donde se condense el
sacrificio y la disciplina.

sin un emblema solo donde se hagan bloque
macizo y único todos tus esfuerzos y
todos tus sueños de redención.

tus insignias,

tus insignias plurales y enemigas a veces, se
las compras en el mercado caprichosamente

al primer chamarilero de la plaza de castelar,
de la puerta del sol

o de las Ramblas de barcelona.

has agotado ya en mil combinaciones egoístas y
heterodoxas todas las letras del alfabeto.

y has puesto de mil maneras diferentes, en la
gorra y en la zamarra

el rojo

y el negro,

la hoz,

el martillo

y la estrella.

pero aún no tienes una estrella SOLA,

después de haber escupido y apagado la de
belem.

españoles,

españoles que vivís el momento más trágico de
toda nuestra historia,

¡estáis solos!

¡solos!

el mundo,

todo el mundo es nuestro enemigo, y la mitad
de nuestra sangre -la sangre podrida

y bastarda de caín- se ha vuelto contra
nosotros también.

¡hay que encender una estrella!

¡una sola, sí!

hay que levantar una bandera.
¡una sola, sí!
y hay que quemar las naves.
de aquí no se va más que a la muerte o a la
victoria.

todo me hace pensar que a la muerte.
no porque nadie me defiende
sino porque nadie me entiende.
nadie entiende en el mundo la palabra
"justicia". ni vosotros siquiera.
y mi misión era estamparla en la frente del
hombre

y clavarla después en la tierra
como el estandarte de la última victoria.

nadie me entiende.
y habrá que irse a otro planeta
con esta mercancía inútil aquí,
con esta mercancía ibérica y quijotesca.

¡vamos a la muerte!
sin embargo,
aún no hemos perdido aquí la última batalla,
la que se gana siempre pensando que ya no hay
más salida que la muerte.

¡vamos a la muerte!
este es nuestro lema.
que se despierte valencia y que se ponga la
mortaja.

¡gritad,
gritad todos.
tú, el pregonero y el speaker,
echad bandos,
encended las esquinas con letras rojas
que anuncien esta sola proclama:
¡vamos a la muerte!
que lo oigan todos. todos.
los que trafican con el silencio
y los que trafican con las insignias.
chamarileros de la plaza de castelar,
chamarileros de la puerta del sol,
chamarileros de las ramblas de barcelona
destrozad,
quemad vuestra mercancía.
ya no hay insignias domésticas,
ya no hay insignias de latón.
ni para los gorros
ni para las zamarras.
ya no hay cédulas de identificación.
ya no hay más cartas legalizadas
ni por los comités
ni por los sindicatos.
¡que les quiten a todos los carnets!
ya no hay más que un problema.
ya no hay más que una estrella,

una sola, SOLA, y ROJA, sí,
pero de sangre y en la frente,
que todo español revolucionario ha de
 hacérsela
 hoy mismo,
 ahora mismo
y con sus propias manos.
preparad los cuchillos,
 aguzad las navajas,
calentad al rojo vivo los hierros.
 id a las fraguas.
que os pongan en la frente el sello de la
 justicia.
 madres,
 madres revolucionarias,
estampad este grito indeleble de justicia
 en la frente de vuestros hijos.
allí donde habéis puesto siempre vuestros
 besos más limpios.
(esto no es una imagen retórica.
yo no soy el poeta de la retórica.
 ya no hay retórica.
 la revolución ha quemado
 todas las retóricas.)
 que nadie os engañe más.
que no haya pasaportes falsos
 ni de papel

ni de cartón
ni de hojadelata.
que no haya más disfraces
ni para el tímido
ni para el frívolo
ni para el hipócrita
ni para el clown
ni para el comediante.

que no haya más disfraces ni para el espía que
se sienta a vuestro lado en el café,
ni para el emboscado que no sale de su
madriguera.

que no se escondan más en un indumento
proletario esos que aguardan a franco con
las últimas botellas de champán en la bodega.
todo aquel que no lleve mañana este emblema
español revolucionario, este grito de
¡justicia! sangrando en la frente, pertenece a
la quinta columna.

ninguna salida ya
a las posibles traiciones.
que no piense ya nadie
en romper documentos comprometedores
ni en quemar ficheros
ni en tirar la gorra a la cuneta
en las huidas premeditadas.
ya no hay huidas.

en españa ya no hay más que dos posiciones
fijas e incommovibles.

para hoy y para mañana.

la de los que alzan la mano para decir
cínicamente: "yo soy un bastardo español"
y la de los que la cierran con ira para pedir
justicia bajo los cielos implacables.
pero ahora este juego de las manos ya no basta
tampoco.

hace falta más.

hacen falta estrellas, sí, muchas estrellas,
pero de sangre,
porque la retaguardia tiene que dar la suya
también.

una estrella de sangre roja,

de sangre roja española.

que no haya ya quien diga:

esa estrella es de sangre extranjera.

y que no sea obligatoria tampoco.

que mañana no pueda hablar nadie de
imposiciones,

que no pueda decir ninguno que se le puso la
pistola en el pecho.

es un tatuaje revolucionario, sí.

yo soy revolucionario,

españa es revolucionaria,

don quijote es revolucionario.

lo somos todos. todos.
todos los que sienten este sabor de justicia
que hay en nuestra sangre y que se nos
hace hiel y ceniza cuando sopla el viento del
norte.

es un tatuaje revolucionario,
pero español.
y heroico también.
y voluntario además.
es un tatuaje que buscamos sólo para definir
nuestra fe.

no es más que una definición de fe.
hay dos vientos hoy que sacuden furiosos a los
hombres de españa,
dos ráfagas fatales que empujan a los hombres
de valencia.

el viento dramático de los grandes destinos,
que arrastra a los héroes a la victoria o
a la muerte,
y la ráfaga de los pánicos incontrolables que
se lleva la carne muerta y podrida de los
naufragios a las playas de la cobardía y del
silencio.

hay dos vientos, ¿no los oís?
hay dos vientos, españoles de valencia.
el uno va a la historia.
el otro va al silencio.
el uno va a la épica.

el otro a la vergüenza.

responsables:

el gran responsable y los pequeños

responsables:

abrid las puertas,

derribad las vallas de los pirineos.

dadle camino franco

a la ráfaga amarilla de los que tiemblan.

una vez más veré el rebaño de los cobardes

huir hacia el ludibrio.

una vez más veré en piara la cobardía.

os veré otra vez

robándole el asiento

a los niños y a las madres.

os veré otra vez.

pero vosotros os estaréis viendo siempre.

un día moriréis fuera de vuestra patria. en la

cama tal vez. en una cama de sábanas

blancas, con los pies desnudos (no con los

zapatos puestos, como ahora se muere en

españa), con los pies desnudos y ungidos,

acaso, con los óleos santos. porque moriréis

muy santamente, y de seguro con un crucifijo

y con una oración de arrepentimiento en los

labios. estaréis ya casi con la muerte, que

llega siempre. y os acordaréis -;claro que

os acordaréis!- de esta vez que la huistéis

y la burlásteis, usurpándole el asiento a un

niño en un autobús de evacuación. será vuestro
último pensamiento. y allá, al otro lado,
cuando ya no seáis más que una conciencia
suelta, en el tiempo y en el espacio, y cai
gáis precipitados al fin en los tormentos
dantescos -porque o creo en el infierno
también- no os veréis más que así, siempre,
siempre, siempre,

robándole el asiento a un niño en un autobús
de evacuación.

el castigo del cobarde ya sin paz y sin
salvación por toda la eternidad.

no importa que no tengas un fusil,
quédate aquí con tu fe.

no oigas a los que dicen: la huida puede ser
una política.

no hay más política en la historia que la
sangre.

a mí no me asusta la sangre que se vierta,
a mí me alegra la sangre que se vierte.

hay una flor en el mundo que sólo puede crecer
si se la riega con sangre.

la sangre del hombre
está hecha no sólo para mover su corazón
sino para llenar los ríos de la tierra,
las venas de la tierra, y mover el corazón del
mundo.

¡cobardes: hacia los pirineos, al destierro!

¡héroes: a los frentes, a la muerte!
responsables:
el grande y los pequeños responsables:
organizad el heroísmo,
unificad el sacrificio.
un mando único. sí.
pero para el último martirio.
¡vamos a la muerte!
que lo oiga todo el mundo.
que lo oigan los espías.
¿qué importa ya que lo oigan los espías?
que lo oigan ellos, los bastardos.
¿qué importa ya que lo oigan los bastardos?
¿qué importan ya todas esas voces de allá
abajo,
si empezamos a cabalgar sobre la épica?
a estas alturas de la historia ya no se oye
nada.
se va hacia la muerte...
y abajo queda el mundo de las raposas,
y de los que pactan con las raposas.
abajo quedas tú, inglaterra,
vieja raposa avarienta,
que tienes parada la historia de occidente
hace más de tres siglos
y encadenado a don quijote.
cuando acabe tu vida

y vengas ante la historia grande
donde te aguardo yo,
¿qué vas a decir?
¿qué astucia nueva vas a inventar entonces
para engañar a dios?
¡raposa!
¡hija de raposos!
Italia es más noble que tú.
y Alemania también.
en sus rapiñas y en sus crímenes
hay un turbio hálito nietzscheano de heroísmo
en el que no pueden respirar los mercaderes,
un gesto impetuoso y confuso de jugárselo todo
a la última carta, que no pueden
comprender los hombres pragmáticos.
si abriesen sus puertas a los vientos del
mundo,
si las abriesen de par en par,
y pasasen por ellas la justicia
y la democracia heroica del hombre,
yo pactaría con las dos para echar sobre tu
cara de vieja raposa sin dignidad y sin amor
toda la saliva y todo el excremento del mundo.
¡vieja raposa avarienta:
has escondido,
soterrado en tu corral,

la llave milagrosa que abre la puerta
diamantina de la historia...

no sabes nada.

no entiendes nada y te metes en todas las
casas

a cerrar ventanas

y a cegar la luz de las estrellas!

y los hombres te ven y te dejan.

te dejan porque creen que ya se les han
acabado los rayos a júpiter.

pero las estrellas no duermen.

no sabes nada.

has amontonado tu rapiña detrás de la puerta,
y tus hijos, ahora, no pueden abrirla
para que entren los primeros rayos de la

aurora nueva del mundo.

vieja raposa avarienta,

eres un gran mercader.

sabes llevar muy bien

las cuentas de la cocina

y piensas que yo no sé contar.

sí sé contar.

he contado mis muertos.

los he contado todos,

los he contado uno por uno.

los he contado en madrid,

los he contado en oviedo,

los he contado en Málaga,
los he contado en Guernica,
los he contado en Bilbao...
Los he contado en todas las trincheras,
en los hospitales,
en los depósitos de los cementerios,
en las cunetas de las carreteras,
en los escombros de las casas bombardeadas.
contando muertos este otoño por el paseo de el
prado, creí una noche que caminaba
sobre barro, y eran sesos humanos que tuve por
mucho tiempo pegados a
la suela de mis zapatos.
el 18 de noviembre, sólo en un sótano de
cadáveres, conté trescientos niños muertos...
los he contado en los carros de las
ambulancias,
en los hoteles,
en los tranvías,
en el Metro...,
en las mañanas lívidas,
en las noches negras sin alumbrado y sin
estrellas...
y en tu conciencia todos...
y todos te los he cargado a tu cuenta.
¡ya ves si sé contar!
eres la vieja portera del mundo de occidente,

tienes desde hace mucho tiempo las llaves de
todos los postigos de europa y puedes dejar
entrar y salir a quien se te antoje.
y ahora, por cobardía,
por cobardía nada más,
porque quieres guardar tu despensa hasta el
último día de la historia,
has dejado meterse en mi solar
a los raposos y a los lobos confabulados del
mundo
para que se sacien en mi sangre
y no pidan enseguida la tuya.
pero ya la pedirán,
ya la pedirán las estrellas...
y aquí otra vez,
aquí
en estas alturas solitarias.
aquí,
donde se oye sin descanso la voz milenaria
de los vientos,
del agua y de la arcilla
que nos ha ido formando a todos los hombres.
aquí, donde no llega el desgaitado vocerío de
la propaganda mercenaria.
aquí,
donde no tiene resuello ni vida el asma de los
diplomáticos.

aquí,
donde los comediantes de la sociedad de
naciones no tienen papel.
aquí, aquí
ante la historia,
ante la historia grande
(la otra,
la que vuestro orgullo de gusanos enseña a los
niños de las escuelas,
no es más que un registro de mentiras
y un índice de crímenes y vanidades).
aquí, aquí
bajo la luz de las estrellas,
sobre la tierra eterna y prístina del mundo
y en la presencia misma de dios.
aquí, aquí, aquí
quiero decir ahora mi última palabra:
españoles,
españoles revolucionarios:
¡el hombre se ha muerto!
callad, callad.
romped los altavoces
y las antenas,
arrancad de cuajo todos los carteles que
anuncian vuestro drama en las esquinas del
mundo.
¿denuncias? ¿ante quién?

romped el libro blanco,
no volváis más vuestra boca con llamadas y
lamentos hacia la tierra vacía.
¡el hombre se ha muerto!
y sólo las estrellas pueden formar ya el coro
de nuestro trágico destino.
no gritéis ya más vuestro martirio.
el martirio no se pregona,
se soporta
y se echa en los hombros como un legado y como
un orgullo.
la tragedia es mía,
mía,
que no me la robe nadie.
fuera,
fuera todos.
todos.
yo aquí sola.
sola
bajo las estrellas y los dioses.
¿quiénes sois vosotros?
¿cuál es vuestro nombre?
¿de qué vientre venís?
fuera... fuera... ¡raposos!
aquí,
yo sola. sola,
con la justicia ahorcada.

sola,
con el cadáver de la justicia entre mis manos.

aquí
yo sola, sola
con la conciencia humana,
quieta,
parada,
asesinada para siempre
en esta hora de la historia
y en esta tierra de españa,
por todos los raposos del mundo.

por todos,

por todos.

¡raposos!

¡raposos!

¡raposos!

el mundo no es más que una madriguera de
raposos y la justicia una flor que ya no
prende en ninguna latitud.

españoles,

españoles revolucionarios.

¡vamos a la muerte!

que lo oigan los espías.

¿qué importa ya que lo oigan los espías?

que lo oigan ellos, los bastardos.

¿qué importa ya que lo oigan los bastardos?

a estas alturas de la historia

ya no se oye nada.
se va hacia la muerte
y abajo queda el mundo irrespirable de los
raposos y de los que pactan con los raposos.
¡vamos a la muerte!
¡que se despierte valencia
y que se ponga la mortaja!...

EPÍLOGO

escuchad todavía...
refrescad antes mis labios y mi frente...
tengo sed...
y quiero hablar con palabras de amor y de
esperanza.
oíd ahora:
la justicia vale más que un imperio, aunque
este imperio abarque toda la curva del sol.
y cuando la justicia está herida de muerte y
nos llama en agonía desesperada, no podemos
decir:
"yo aun no estoy preparado".
esto está escrito en mi biblia,
en mi historia,
en mi historia infantil y grotesca,

y mientras los hombres no lo aprendan el mundo
no se salva.

yo soy el grito primero, cárdeno y bermejo, de
las grandes auroras de occidente.

ayer, sobre mi sangre mañanera, el mundo
burgués edificó en américa todas sus factorías
y mercados,

sobre mis muertos de hoy, el mundo de mañana
levantará la primera casa del hombre.

y yo volveré,

volveré porque aun hay lanzas y hiel sobre la
tierra.

volveré,

volveré con mi pecho y con la aurora otra vez.

[León Felipe (1884-1968), poeta libertário que nos primeiros anos do século XX, circulou a Espanha primeiro como farmacêutico e depois integrando uma trupe teatral. Na década de 1920, mudou-se para Veracruz, no México, onde trabalhou como bibliotecário. Anos depois viveu nos Estados Unidos, terra na qual, lecionou literatura espanhola. Retornou a Espanha para tomar parte da revolução, momento em que leu "a Insígnia", no Coliseu de Barcelona. Com a ascensão do franquismo voltou ao México. Morreu em 1968]